



La mujer Económica.

I

PROYECTOS DE CASAMIENTO

—¿Conque decididamente estás resuelto á casarte? me preguntaba cierta tarde don Juan de Peralta, el amigo de mi mayor confianza, que se había quedado aquel día á tomar la sopa en mi casa.

—Sí, Juan, le contesté, demasiado tiempo he sido soltero para aguardarme á que, sobreviniendo la vejez, ó que si por dicha hallo alguna, los hijos que tuviere vengan á quedar huérfanos en su más tierna edad, sin haber recibido siquiera una regular educación.

—Pero aún no me has nombrado la novia.

—Ni podría hacerlo aunque quisiera, pues á la verdad todavía no he podido fijar mi elección.

—¡Vaya! pues por cierto que estás adelantado. ¡Cómo! en México, y teniendo franca entrada en todas partes, donde habrás podido ver mil beldades, ¿es posible que hasta ahora no hayas encontrado una señorita de tu gusto? ¿O temes acaso que te den calabazas? ¡Delirio! ¡Quién se atrevería á despreciar á un joven de treinta años, bien parecido, que ocupa un sillón en el congreso, y cuenta, como quien no dice nada, con tres mil duros de sueldo!

—Pero tú sabes muy bien que las pagas no están corrientes, y que á un buen componder estamos recibiendo una mitad.

—¿Y qué importa todo eso? El empleo de diputado hace bastante ruido, y cuando las gentes saben que hay influjo...

—Escúchame, Juan, quiero hablarte con franqueza. Conozco varias señoritas que me han parecido lindas y amables en extremo, á las que juzgo por lo mismo como muy propias para hacer mi felicidad; pero al ver el boato y bambolla con que se presentan, no he podido menos de reflexionar que de ninguna manera me convienen. Mis recursos en el día que soy diputado, están limitados á 1,500 pesos anuales, y cuando deje de serlo, muy poco más será lo que me produzca mi profesión de abogado. ¿Con

qué, pues, podría sostener mi casa bajo el pie de lujo que necesariamente exigirían los brillantes trajes con que mi mujer se presentase?

—Procura casarte con una rica, y su caudal dará para todo.

—¡Hombre! qué es lo que me aconsejas! Si fuera español... ¡vaya! ¿Pero á un mexicano? ¿No sabes tú que nosotros por un necio orgullo, si se quiere, casi nunca nos enlazamos con las familias de proporciones, sólo por no oír decir á algunos parientes de la novia que la pretendimos por interés? Repito, que confieso la necedad de este sistema, y que advierto gustoso que en la actualidad pretenden algunos mexicanos á las ricas herederas, posesión en que antes se hallaban exclusivamente los españoles; pero por lo que á mí toca yo no quiero aumentar los ejemplares. Primero me ahorcaría, que sufrir que alguno se atreviese á decir al verme pasar: "Este se hizo rico por..." y otras picardías semejantes que se acostumbran al hablar de las personas que hacen fortuna por el casamiento.

—Pues por lo que á mí hace, que digan lo que quieran; pero yo pienso de otra manera. Dos medianías reunidas, constituyen un bienestar; mientras que dos miserias conducen al hospicio.

—Yo no quiero por esto que en nuestra

tierra de promisión los matrimonios se ajusten por guarismos, al estilo europeo: es decir, Simón tiene 800, Casilda 300, luego no puede haber matrimonio; pero desearía al menos que el rico se casara con rica ó con pobre, como le diera la gana, y que el de medianas proporciones se uniera con otra que tuviera las mismas facultades, ó como vulgarmente se dice: "que el hombre lleve que comer, y la mujer que traiga que cenar."

—Tu modo de pensar es muy juicioso; pero mis ideas son invariables sobre este punto.

—Pretendo, pues, que mi mujer carezca de bienes; pero que sepa arreglarse á lo que produzca mi trabajo. Que sea económica, sin ser miserable; aseada, sin ser petimetra, y cuidadosa de su casa y marido, sin resabios de beata.

—Por cierto que no es poco lo que pides; pero yo confío que en una ciudad como ésta de más de 200,000 almas, no será absolutamente imposible que encuentres una mujer que reúna todas esas circunstancias.

—Tal han sido hasta ahora mis esperanzas; mas te aseguro que cada día se van disminuyendo, al advertir la generalidad con que el bello sexo despilfarra y malgasta. Aun las mujeres mismas de los artesanos se presentan en público con un lujo que admira, y que no ha podido menos de hacerme sospechar, que ó sus maridos no son

muy celosos, ó que necesariamente se encuentran abrumados de deudas y trampas que pararán por conducirlos á la cárcel.

—¡Por vida de Sanes! exclamó á este punto Peralta, que yo puedo proporcionarte el tesoro que solicitas. Vaya, no hay remedio; sin duda que no estaba en mi acuerdo cuando he podido olvidarme de la preciosa Julia.

—¿Quién es esa niña?

—Un complemento de gracias y virtudes, la realidad del bello ideal que te has formado en tu fantasía.

—Me estás metiendo en curiosidad de conocerla.

—Pues afortunadamente no hay dificultad para que se satisfaga tu deseo. Yo soy íntimo de la casa y puedo llevar á ella las personas que quiera. ¿Cuándo quieres que te presente?

—Lo más pronto es lo más seguro. Esta noche misma, si no hay inconveniente.

—Ninguno.

—¿Ninguno?

—¿Pues ya no te lo he dicho? Pero son las seis, añadió mirando su reloj, y restan aun dos horas para que podamos hacer la visita. Me voy, pues, á expeditar algunos negocios, y volveré por tí á las ocho en punto.

Al decir esto se retiró, dejándome engolfado en las ideas halagüeñas que natural-

mente se presentan á la imaginación del que por fin ve llegar el momento de conocer un objeto, en favor del que se halla prevenido á fuerza de oír los elogios que se le tributan.

II

ME LLEVAN Á VISITAS

Mi buen amigo, fiel á su palabra, vino por mí á la hora convenida, y sin pérdida de tiempo nos trasladamos á la casa de Julia. Recibiéndonos una señora como de 40 años, á la que Peralta hizo mil cumplidos, por lo que supuse, y no me engañé, que ella era mi futura suegra.

—Señora, le dijo, ¿haberse vd. tomado la molestia de venir á abrirnos?

—¡Qué quiere vd., don Juan, contestó ella, es necesario que cada uno se limite á lo que le permiten sus proporciones; y ya ve vd. que una pobre viuda con un escaso montepío no puede costear el gasto de un portero.

Esta respuesta me convenció de que mi amigo no me había engañado respecto de las virtudes económicas de la familia que íbamos á visitar, y ya de antemano me daba el parabién del hallazgo de Julia, á la que sin dificultad creí adornada con todas

las buenas cualidades que pretendía tuviese mi mujer.

Durante el tiempo que tardé en esta reflexión, mi amigo don Juan, continuando su conversación con la ama de la casa, le dijo, que yo quería tener la honra de ofrecerle mis respetos como á la señorita su hija: y que él se había tomado la libertad de presentarme, confiado en la amistad que siempre se había dignado dispensarle, y cierto además de mi buena educación y honrada conducta. Habló en seguida de mi empleo, de mi estado de soltero, y dejó escapar una que otra palabra sobre mi intención de casarme, aunque sin haber hecho todavía elección, y la señora á quien parece no desagradaron estas noticias, dirigiéndose entonces á mí, me ofreció su casa con la mayor urbanidad y política.

Introducidos á la sala, desde el momento se llevó Julia toda mi admiración, en términos que apenas pude tartamudear los cumplimientos de estilo. Figúrese el lector una joven de 20 á 22 años, cuyas facciones bastante regulares, eran el menor de sus atractivos. Un talle airoso y delicado, y un pie sumamente pulido, á la par que pequeño fueron los objetos que fijaron particularmente mi atención. Agréguese á esto, que en su vestido reinaba la mayor sencillez unida al mejor gusto; y si se tienen presentes mis ideas de que no fuese mi mujer

excesivamente lujosa, podrá disculparme del prolongado éxtasis en que quedé arrobado.

Salí por fin de esta abstracción mental que había durado cinco minutos por lo menos, para notar el papel desairado que estaba haciendo; pues las demás personas viendo que yo no articulaba una sola palabra, procuraron entablar alguna conversación, que se fijó por último sobre las maceetas. Quise enmendar mi falta; pero mi desgracia era, que maldita la cosa que entendía del asunto que se trataba, y que los tulipanes, los ranúnculos y los geranios, así los sabía distinguir yo, como el caldeo del siriaco; por fortuna mi amigo, que parece haber cursado las escuelas de Linneo, me desempeñó á las mil maravillas, y fué numerando una por una todas las plantas; clasificándolas por familias, y determinando los tiempos más á propósito para hacer las siembras, podas é inertos, hasta que por medio de un salto dejamos el curso de botánica para trasladarnos al teatro, y de allí como por la mano, fuimos conducidos á las tiendas de las modistas, fijándose por fin la conversación sobre esta materia, que es sin duda la más interesante para las señoras.

—¡Válgame Dios, dijo doña Andrea (así se llamaba mi futura suegra) cuánto dinero se gasta en México sólo en pagar á las

modistas! y todo ¿por qué? porque á las señoritas no les gusta trabajar en hacerse sus trajes, aunque sus padres ó maridos renieguen cuando se ven obligados á pagar un sentido por las hechuras.

—Mire vd., señor, continuó dirigiéndose á mí, vea vd. el vestido que trae Julia, que es obra de sus manos, y dígame ¿si podrá hacerlo mejor madama Carolina ó cualesquiera de las modistas extranjeras que hay en esta ciudad?

Al decir esto hizo que me aproximase cerca de Julia para que pudiese observar mejor si el traje estaba bien entallado, y formados con buen gusto los perifollos de sus mangas. Yo á la verdad soy tan poco inteligente en esta materia como en la de las maceetas; pero en esta vez no me hice del rogar, y como si fuera maestro en el arte, permanecí largo tiempo con los ojos fijos, no en el vestido, del que era incapaz de conocer su mérito, sino en la preciosa joven que lo llevaba, cuyo encendido rostro me hizo conocer que había advertido mis penetrantes miradas. Al fin me retiré balbuciendo que el traje estaba muy bien hecho, y que era imposible que una modista lo hubiera acabado con igual perfección.

Doña Andrea había dado principio á contar las habilidades de su hija, y nada era capaz de hacerla cortar el hilo de la conversación, como pude desengañarme con el

tiempo, sino hasta después de haber hecho una larga mención de todas ellas.

—¿Cuánto tiempo, me preguntó, le parece á vd. que tiene de uso el vestido que trae Julia?

—Señora, se lo estrenaría esta semana.

—Ja! ja! ja! ja! No puedo menos de reírme. Así como vd. lo ve, ya va á ajustar dos años de servicio en compañía de otros dos que componen todo su ajuar; y modas van y modas vienen, y mi Julia siempre se presenta de la última, sin más trabajo que de arreglarlos un poco, soltando ó recogiendo según lo exigen las variaciones que se han hecho en los trajes; pero lo que había vd. de ver, es el sumo cuidado que tiene la pobre de mi hija para conservarlos. Apenas vuelve de la iglesia, de la visita ó el paseo, y en el momento se quita su traje para colgarlo en la percha.

—Pero mamá, exclamó Julia, ¿para qué cuenta vd. eso al señor?

—¿Y qué se pierde con que lo sepa? El ser pobre no es afrenta, y al decir yo que sabes cuidar lo que tienes, te doy más honor que el que tú te imaginas. ¿Pues qué diría el señor si le contara que los zapatos de raso te duran dos meses?

—Mamá ¡por Dios! hágame vd. el favor de callar.

—Señorita, la dije, vd. no tiene motivo para avergonzarse de lo que su mamá aca-

ba de decirme, pues todo ello redundaba en su elogio, tanto más merecido, cuanto que son muy raras las personas de su sexo que han logrado hacerse acreedoras á que se les tributen iguales alabanzas.

Este cumplido me valió una sonrisa de Julia y cierta mirada que parecía indicarme haber quedado satisfecha de merecer mi aprobación. El primer paso estaba dado, y hubiera sido necesario ser muy lerdo para no aprovechar los momentos. Favorecíame además el que la irrestañable facundia de doña Andrea había encontrado en mi amigo Peralta, que sin duda se propuso hacerme tercio, un aprobador constante de sus eternas disertaciones. Comencé, pues, á declararme, entablando al efecto una de aquellas conversaciones sentimentales en que las mujeres están tan versadas á fuerza de repetirías. La inconstancia de los hombres fué desde luego el asunto de nuestro diálogo; pero yo contesté á mi preciosa antagonista, que este defecto era relativo; que si bien era verdad que había hombres variables, esto sólo podía atribuirse al poco mérito de las personas en que habían puesto su cariño; pero que una señorita como ella en quien se veían reunidos cuantos atractivos pueden apetecerse, sería capaz de fijar al hombre más voluble.

La conversación se fué animando gradualmente. No se trataba ya de generali-

dades; hacíamos otra cosa mejor, nos ocupábamos de nosotros mismos.

—¡Ay! dijo Julia, yo estoy persuadida que las grandes pasiones sólo se forman cuando dos personas simpatizan á primera vista, y esto es tan difícil....

—Sin embargo, señorita, crea vd. que no es por culpa mía si no ha obrado desde el momento entre ambos esa especie de magnetismo que causa la atracción recíproca de las voluntades de dos individuos que por la vez primera se miran, pues por lo que respecta á mí, ver á vd. y adorarla, todo fué uno.

—¡Qué terrible es vd!

—¿Duda vd. de la verdad de lo que la digo?

—Lo mismo dicen vdes. á todas las mujeres.

—No, hermosa Julia; no: vd, no se atreverá á confundirme con esa turba de jóvenes troneras que requiebran á todas, precisamente porque á ninguna aman.

—No he dicho otro tanto.

—Pero sí lo suficiente para darme á entender que vd. supone que lo que acabo de decirle sólo ha sido por pasatiempo.

—Vd. convendrá en que no es bueno creerse tan de ligero.

—¿Y si diese á vd. pruebas?

—Entonces... ya vería.

—Confíeme vd. al menos si su corazón se encuentra libre.

—Es vd. muy curioso.

—No me parece que deba darse este apodo al que procura saber lo que más le interesa.

—Tal vez no dormiré vd. esta noche, si no se lo digo.

—Ríase vd. cuanto guste, señorita, pero nada más cierto que el sueño huirá de mis ojos, si no me saca vd. de incertidumbre tan penosa.

—Pues bien, no quiero ser causa de que vd. se desvele: mi corazón es libre.

—¿Y podré lisonjearme que algún día?...

—Caballero, eso no es lo tratado; vd. me ofreció no hacerme más preguntas.

—Pues bien, señorita, me contentaré ya que vd. así lo quiere; pero esto no impedirá que mi pecho dé lugar á la esperanza.

—Amigo, dijo á este tiempo Peralta, son las diez, y es ya hora de retirarnos.

Creí que don Juan se burlaba; tan corto me había parecido el tiempo de mi conversación con Julia; pero consultando mi reloj, ví que tenía razón, y fué necesario ceder. Despedímonos, pues, y aprovechando un momento en que doña Andrea hizo una ligera pausa, cuando me ofrecía de nuevo su casa, salimos de ella bien resuelto yo por mi parte, á frecuentarla hasta lograr la mano de Julia, de quien quedé perdidamente enamorado.

III

ESCENAS DOMÉSTICAS

Ya se presumirá sin duda que no abandoné mi proyecto de casamiento, y que mis visitas á la casa de doña Andrea serían tan continuas, cuanto lo permitían mis ocupaciones. También podrá adivinarse que Julia fué por fin sensible á mi cariño, y que allanados algunos obstáculos que por lo regular nunca faltan en estos casos, llegó por último el día que recibí su fe en los altares. Pues bien, yo quiero ahorrar á mis lectores la relación de estas menudencias, que fastidian de puro comunes, para contarles los sucesos que me acontecieron desde que entré en la categoría de cabeza de familia.

Mi suegra se había mudado conmigo, y los primeros días se volvía lenguas para alabarme con todas las personas que iban á visitarme. Mi hijo tiene un genio de angel, decía á la una, y Julia hará de él lo que quiera. Es una hormiga arriera, contestaba á la otra, que hacía el elogio de los hermosos muebles que componían el menaje de casa y los vestidos de mi esposa.

¡Cuán cierto es que siempre nos agrada la adulación, venga de donde viniere! Yo por mi parte confieso que me sedujeron

las de mi suegra, y que me hicieron creer que no tienen razón los que aseguran que entre suegra y yerno, el estado natural es el de la guerra, y que sólo por ironía se llama afinidad de parentesco.

El deseo de agradar á Julia, de la que más bien parecía amante que marido, como sucede á todos durante los primeros meses de matrimonio, hizo que por de pronto no me atreviera á establecer en mi casa el arreglo y economía que demandaban mis facultades, y el coche para el paseo, la comedia, y algunos otros gastos en satisfacer pequeños caprichos reunidos al ordinario, absorbían sumas excedentes con mucho de la que percibía por mis sueldos.

Mis antiguos ahorros se habían consumido, y no me quedó ya otro arbitrio que el de proceder cuanto antes á la reforma de mi casa, obra á que quise dar principio por la supresión del coche; pero ya no era tiempo.

—¿Iremos esta tarde al Paseo Nuevo? me preguntó Julia cierto día al levantarnos de la mesa.

—Como gustes, querida mía, le respondí, con tal de que no te sea muy molesto andar á pie.

—¿Pues que no vendrá el coche?

—He dispuesto que no lo traigan, á fin de evitar este gasto que ya no puedo soportar.

—¿Se te haría acaso pesado?

—No es esto lo que he querido decirte, sino que mis pocas proporciones no me permiten costearlo por más tiempo.

—¡Chula cosa sería, dijo mi suegra, ver que la mujer de un señor diputado se presentara á pie-á-tierra en el paseo, cuando á cualquiera infeliz no le falta con que pagar un Simón.

—Señora, á mí nada me importan los gastos que pueden hacer las demás gentes, sino arreglar los míos conforme á mis facultades.

—¿Y trato yo de impedirselo? Haga vd. lo que quiera. A ver cómo no pone vd. á mi hija con su vestido de manta. Una vez que ella se lo quiso, que lo sepa aguantar.

—Reflexione vd. que eso es dar á entender á Julia que se ha hecho infeliz uniéndose conmigo.

—Que lo entienda como quiera; yo lo que digo es, que el mejor de los maridos debía estar quemado, y que dichosa quien tal pierde.

Mi mujer me puso mala cara todo el resto del día, y desde entonces ya se pasaron muy pocos sin que se ofreciera algún altercado, con motivo de que no podía proporcionar á Julia todo el dinero que necesitaba para invertirlo en mil frioleras que ella creía indispensables, y á mí me parecían inútiles.

Yo bien sabía que el modo de poner remedio, era amarrarme los calzones y decir terminantemente: “yo lo quiero, yo lo mando;” pero me repugnó siempre el hacer que mi mujer sintiera el peso de mi autoridad; y prefería adoptar el medio de la persuasión. ¡Tiempo perdido! En balde me cansaba en hacer ver que la obligación de un marido no puede ser otra, que la de destinar á la subsistencia de su familia todo el producto de su trabajo, y que la mujer es á quien toca distribuirlo, acomodándolo á sus verdaderas necesidades. Doña Andrea contestaba á esto, que el que se casa debe dar para todo; y la cuidadosa Julia, á quien antes duraban dos meses los zapatos, había semanas en que no le bastaban tres pares; y con mucha frecuencia me pedía para hacerse nuevos vestidos, asegurando que los que tenía estaban incapaces de ponerse por no ser ya de moda.

Las amigas de Julia, tal vez coludidas con mi suegra, venían muchas veces á aumentar mis apuros.

—¿No vas esta noche al teatro? preguntó cierta tarde á mi mujer una señorita de las que la visitaban con mayor frecuencia.

—No, contestó Julia; mi marido dice que no tiene con que hacer este gasto.

—¡Jesús, qué miseria! ¿Será posible, señor, continuó dirigiéndose á mí, que por una friolera prive vd. á mi amiga de esta

diversión, cuando otros que tienen muchos menos recursos que vd., no dejan de proporcionarla á sus familias? y si no, ahí está don Josecito que es un triste empleadillo de hacienda con ochocientos pesos de sueldo, y sin embargo da gloria ver cómo tiene su casa, y su mujer siempre anda en coche, y disfruta de todas las diversiones.

—Pero señora, don Josecito habrá encontrado el arte de multiplicar lo que gana, y yo no poseo su secreto.

—¿Y qué me dice vd. de don Martín, el vecino de enfrente, á quien no se le conoce recurso ni chico ni grande, y que no obstante trae á su mujer tan lujosa?

—Que es un jugador de profesión, y que según aseguran, ha hecho ganancias considerables.

—¿Y por qué no juega vd? me preguntó mi suegra. Con esto á nadie se le quita nada, y muchas veces se consigue lo que nos hace falta.

—Sí, dijo mi mujer, á mí siempre me ha gustado el juego. ¡Ha de ser tan bonito ganar mucho dinero para emplearlo luego en tantas cosas!

Yo me abstuve de dar respuesta alguna á la invitación que se me hacía; pero varios días estuve cavilando sobre si podría convenirme arriesgarme á jugar. Al fin, triunfó mi debilidad y me decidí. Deseaba contentar todos los caprichos de mi mujer, y sólo

por medio del juego pensé conseguirlo. Tal vez tendrán razón, decía entre mí. ¿Y por qué no he de poder hacer yo como mil otros, que sacan diariamente sus gastos del juego? Me limitaré á una corta ganancia, y conteniendo mi ambición, es necesario que sea muy desgraciado para que pierda un capital.

Alucinado con estas reflexiones, que me persuadieron de que mis ganancias serían infalibles, comencé por último á concurrir á una partida de monte; pero con tan poca fortuna, que no hubo una sola noche en que no volviera á mi casa con los bolsillos vacíos, y cuando al menos esperaba que mi mujer y suegra me consolasen de mis pérdidas, tenía el disgusto de oír que las achacaban á culpa mía.

No paró en esto solo, sino que por confidencias de mi familia vino á saberse luego por toda la ciudad, que yo era un pícaro, que no me ocupaba más que en jugar. ¡Ay! exclamé al imponerme de estos rumores, bien veo que la picardía no consiste en haberme presentado en el juego, sino en que la suerte quiso que hubiera perdido mi dinero.

Una desgracia nunca viene sola, dice el adagio, y bien pronto ví cumplirse en mí esta profecía de mal agüero, pues un cambio político de aquellos que son tan comunes en nuestra república, hizo que terminara mi diputación.

Vine por tanto á quedar reducido desde entonces, á lo que pudiera producirme la abogacía. ¿Mas quién querría ocupar á un letrado, que habiendo pertenecido al partido caído, debía perder necesariamente cuantos asuntos se encargara de patrocinar?

Encomendábanseme, pues, muy pocos negocios, y aun éstos eran casi siempre de aquellos que por lo regular desempeñan los tinterillos por una paga miserable; á lo que me sujeté sin embargo, viendo que no podía hacer otra cosa; pero no sucedía lo mismo con mi esposa.

—Es imposible que pueda alcanzarme este gasto, me dijo un día al tiempo que la entregaba el corto fruto de mi trabajo.

—Te equivocas, hija mía, le contesté; todos los gastos deben ser suficientes, cualquiera que sea la cantidad que á ellos se destinare, y lo mismo debe alcanzar la cuantiosa suma que dedica á este objeto el rico agiotista, que el escaso jornal que el albañil lleva todos los días á su mujer. La diferencia consistirá en que en la mesa de ambos no se servirán las mismas viandas, ni en igual número en platillos; pero por último resultado, las dos familias habrán satisfecho su hambre. Acomódate, pues, á lo que te diere, y no temas que yo me meta á reclamarte la calidad de los manjares.

—Pues señor mío, yo no entiendo de hacer milagros, y por lo mismo me harás favor

de encargarte, desde hoy, de correr con el gasto.

Fué inútil cuanto pude decir á Julia para convencerla, de que nada tenía de imposible lo que la pedía. Aferrada ella en su opinión, comenzó á tratarme de bárbaro, y yo que por sistema procuraba siempre cortar las discusiones luego que tomaban el carácter de disputas, agarré mi sombrero y me salí á la calle, sin más objeto que el de divagarme de la mohina que me había causado la terquedad de mi mujer.

Acordéme por fortuna de don Juan Peralta, que casi había cortado relaciones conmigo desde mi casamiento, y me propuse visitarle. Dirigíme á su casa, y tuve la suerte de encontrarlo.

—¿Cómo va, amigo? me preguntó, luego que pudo verme. Mi respuesta fué arrojarme en sus brazos llorando amargamente.

Armado don Juan con mis demostraciones de sentimiento, no hallaba que hacerme, y ni aun se atrevía siquiera á interrumpir mi llanto para preguntarme el motivo de mi aflicción; mas cuando habiéndose hecho menos frecuentes mis sollozos, pude al fin contarle lo que me pasaba, me dijo sonriéndose:

—¿Y esto es todo lo que te aflige?

—¿Acaso le parece poco?

—No, ciertamente; pero creía que la generalidad del mal sería para tí, como para

los demás, un motivo de resignación. La mayor parte de los maridos se encuentran en el mismo caso, y á fe que si no fueran filósofos, no habría tiempo bastante para oír sus lamentaciones.

—Pero que suceda esto al que se casa con una señora de gran tono, nada tiene de extraño; pero á mí, que busqué con tanto empeño una mujer económica, Julia, que cuidaba de los dos ó tres vestidos que tenía únicamente, mientras no tuvo seguridad de adquirir otros.

—No te canses, amigo; con pocas excepciones todas las mujeres mal gastan; la rica como rica, y la pobre como pobre; pero debemos confesar que no son ellas las que tienen la culpa.

—¿Pues quién?

—Nosotros, que hasta ahora maldito lo que nos hemos ocupado de su educación, pues en los establecimientos que hay de esta especie, se les enseña bien ó mal á coser y bordar; pero ni una sola palabra de lo que más interesa, á saber, la economía doméstica.

—Pero hombre, si las mujeres cuando se casan ya son demasiado grandes para mandarlas á la escuela, ó ¿quieres por ventura que los maridos hagamos de pedagogos?

—Los maridos no; pero si los padres y madres de familia. Confíen en buena hora á personas extrañas, si es que no pueden ha-

cerlo por sí mismos, aquella parte de la educación de sus hijas menos interesante por cierto como la costura, bordado, música, y algunas otras habilidades de esta clase; pero lo que toca al gobierno económico de una casa, y á los deberes que tienen que cumplir en las diversas situaciones á que puede reducir la suerte á sus padres, hermanos ó maridos; semejante enseñanza no es de sujetos mercenarios de quien pueden recibirla, sino del empeño y tesón que sólo es capaz de inspirar el amor paternal. Tiempo es ya de que pensemos en esto, pues de lo contrario, nuestros hijos y qué se yo cuántas más generaciones, continuarán quejándose de los mismos males de que tú ahora te lamentas. Me han dicho que dentro de breve serás padre; y si el cielo tiene á bien concederte una hija, lo que debes hacer es procurar corregir en ella ese defecto, que de tan inmemorial tiempo se transmite de padres á hijos como el pecado original.

La fuerza y exactitud de los raciocinios de Peralta, lograron convencerme, y cuando salí de su casa me hallé muy resignado; pues aunque suele decirse que “el mal de muchos es consuelo de tontos,” no sé qué especie de alivio se experimenta, cuando se sabe que no es uno sólo el que padece, y me conformé porque mi mal era irremediable.

Mi Julia ha continuado con sus antiguos hábitos; pero como yo me he armado de

una paciencia verdaderamente socrática, y por otra parte, habiendo logrado alguna mejora en mis negocios pecunarios, haya podido contentar algunos de aquellos de sus caprichos que me han parecido menos graves, se hace cada día menos imperiosa y exigente. En nuestra paz doméstica, no ha tenido poco influjo el haberse mudado mi suegra de casa, pues he advertido que Julia desde entonces concede algún intervalo á sus querellas conyugales.

Pocos días después de mi visita á Peraita, Julia me hizo padre de una preciosa niña. Han transcurrido ya algunos años desde aquella época, y al presente me ocupo con el mayor empeño de la educación de mi hija. No la enseñaré el arte de conservar intacto un túnico después de dos años de servicio; pero sí el de distinguir lo superfluo de lo necesario, y el de acomodarse al producto del trabajo de su padre ó marido, sean cuales fueren sus proporciones; en términos, no sólo de que no la parezca escaso el gasto que se le diere, sino aun de que procure hacer algunos ahorros para servirse de ellos en una enfermedad, ó en cualquiera otro accidente extraordinario.



Una Familia de Provincia

I

LA VISITA

Había, ó hay en un pueblo, porque todo puede ser, una familia que para estar bien, había encompadrado con el cura, el padre vicario, el organista, el diezmero, el alcahalero, el subprefecto, el juez de paz, que más sabía perpetuarse en ese empleo "concejil" en el que no se tiene cuenta de las multas que se embolsan, el tinterillo y el curandero; y ya se deja entender que sus relaciones las ha llevado hasta el tendero más bien puesto del lugar, con tanta sagacidad y arte como el mejor diplomático. El buen don Roque, era padre de familia; calculaba que encompadrando con todas esas nota-